



SUSCRIPCIONES

Santona
Trimestre... 1 pts.
Semestre... 1.75
Fuera de Santona
Trimestre... 1.25
Semestre... 2
Ultramar
Semestre... 4 pts.
PAGO ADELANTADO
Comunicados desde
0.2 a 4 pts. linea

Núm. suelto, 10 cts.

SEMANARIO DE INTERESES DE SANTONA Y SU COMARCA

VALORES DEL ESTADO Y LOCALES DE LA PLAZA DE SANTANDER

Se gestiona toda clase de operaciones sobre los mismos.
Nicolas Ceano-Vivas, Corredor de Comercio
Muelle num. 4 (Escritorio).—Santander

Weyler

Este valiente general, navega ya con rumbo a la Peninsula y desembarcará, segun nos afirma la prensa santandrina, en la bella capital de la montaña, que prodiga en victorear y socorrer a los soldados que van y regresan de la guerra, es indudable hará al excapitan general de Cuba un recibimiento y recepción lucidísimos, sin miras políticas y solo por la simpatía que inspira un benemérito de la Patria.

El mayor elogio que de Weyler puede hacerse es el empeño de los yankeés, y particularmente de su prensa, en desprestigiarle, acusándole de inhumano y feroz, y sabiéndose que los norteamericanos hacen causa común con los laborantes filibusteros que medran y consiguen sus fines merced al favor yankee, fácil se advierte que las acusaciones a Weyler en boca de los enemigos de España, deben ser motivo de elogio para los españoles patriotas.

Pero la política se impone y a aquellos procedimientos de fuerza y severidad para el castigo, se han uplantado por el procedimiento de las reconvencciones é inteligencias con los bandidos insurrectos y sus compadres yankeés, todo lo cual no deja de satisfacer, sin duda como un paso dado en el camino de la deseada independencia por que luchan.

Se alega para llevar á término la cruel guerra que siega nuestra más florida juventud, la implantación de la autonomía.

Los Estados-Unidos parece se regocijan, cambiando la actitud belicosa por la de la prudencia y comedimiento, será que

vislumbran la pronta realización de su eterno empeño? Así debemos suponerlo, pues seríamos muy cándidos en creer que los Estados del Norte América desean como nosotros que termine la guerra y continúe ejerciendo España su soberanía sobre la Gran Antilla, cuando esto ya se hubiese logrado si el filibusterismo no hubiera encontrado dinero y facilidades entre los norteamericanos.

Pues bien; Weyler llegará á Santander y en justicia obtendrá los plácemes de que se ha hecho acreedor poniendo en buen lugar el nombre de la patria, con su buena dirección y la energía que demandan los acontecimientos.

Es indudable que tras la mala gestión del antecesor de Weyler, vino el eficaz auxilio de éste, que empezó por expulsar á los mambises de las mismas puertas de la Habana y hoy ya relevado, la insurrección está impotente.

Quiera Dios que Blanco, alentando á sus soldados, que son los mejores del mundo, den término á la funesta insurrección á tiro limpio.

Otro medio sería vergonzoso para España y después de tanta sangre vertida toda inteligencia con los rebeldes supone nuestra derrota.

UN HÉROE

Los periódicos de Manila elogian el heroico comportamiento observado en aquella campaña por el soldado Demetrio Martínez Sáez, natural de Logroño, y que pertenece á la primera compañía del batallón cazadores número 14.

La compañía á que pertenece Demetrio recibió orden de atacar á la bayoneta la trinchera de Lumambayan la última y más grande que tenían los insurrectos de Imús. Antes de llegar á ella, fueron detenidas en su marcha por una valla bastante fuerte y alta, de caña espino, por la que se abrieron paso con los cuchillos de los Mausers, pero

al pasarla se encontraron delante de la trinchera.

Esta se hallaba coronada con otra valla muy alta, de caña espino, lo que dificultaba grandemente el ataque. La compañía detiene un momento... un segundo; pero Demetrio Martínez se adelanta, sube á la trinchera, rompe un trozo de la valla con su machete, corona la trinchera y llega al enemigo seguido de sus compañeros frenéticos, entusiasmados ante tanto heroísmo.

Seis insurrectos atacan á Demetrio, que solo tiene dos cartuchos en la petaca del Mauser; los dispara y mata á dos de sus enemigos; los otros cuatro, armados de bolos, le estrechan; descargándole con ellos grandes golpes; no le queda tiempo de cargar su fusil, arremete á la bayoneta y atraviesa el cuerpo de un tercer insurrecto, y aunque de todo el cuerpo del valiente soldado cae abundante sangre Demetrio Martínez sigue luchando cuerpo á cuerpo con los tres rebeldes que aún quedaban, hasta que llegan sus compañeros y le obligan á retirarse, perdiendo á los pocos minutos el corrimiento.

Demetrio Martínez Sáez tiene cinco heridas de bala en la cabeza, brazo derecho, cos a lo izquierdo y dedos anular y medio de la mano derecha, los cuales le han sido ya amputados.

Ninguna de estas heridas, por fortuna, pone en peligro su vida y su estado de ánimo es la alegría y satisfacción.

El teniente coronel de su batallón ha pedido para Demetrio Martínez la cruz laureada de San Fernando.

EN ELOGIO DEL GRAL. BLANCO

El distinguido escritor Don Francisco Hermida publica en el Diario de la Marina un notable artículo en el que, á modo de semblanza del ilustre general Don Ramón Blanco, hace de él cumplidísimos elogios.

El artículo lo termina el señor Hermida diciendo:

¿Figura ó no el General Blanco en el partido liberal?

No lo sé.

Pero si se, y lo sabe todo el que conoce la verdad política en España, que el General Blanco ha estado, está y estará siempre al lado de quienes, sirviendo á la Patria, la engrandezcan llevándola por las cultas y nobles corrientes del progreso y de la libertad.

Explicome claramente por qué el Príncipe Federico Guillermo, hombre de muy elevado corazón, de extraordinario talento y de gran saber, hallara en el General Blanco un excelente compañero, un docto guía y encantador amigo cuando el viaje por España.

Invitado el General Blanco visitó Alemania. Federico Guillermo reanudó su gran admiración y viva simpatía para con el Marqués de Peña Plata, en el cual hallaba, según sus palabras á cierto diario de Berlin un caballero, un sabio y un soldado de un valer excepcional.

Muy hermoso es ver en un gran soldado un gran liberal y un gran gobernante, del cual puede decirse como del General Foy: cuando parece que ha caído se levanta con mayor fuerza de derecho á colocarse en primer rango.

Y entre aquella grande figura de la Francia y esta otra de la España, que se llama el General Blanco, adviértese mucha semejanza, gran proximidad.

Bien puede afirmarse, en el convencimiento de afirmar lo cierto que puede volver el Marqués de Peña Plata á gobernar todas y cada una de las porciones nacionales que él ha gobernado, seguro de hallar allí, á donde vuelva, el amor, el respeto y la creciente admiración de cuantos han visto en él lo que es: un intachable soldado un buen gobernante y un gran liberal.

PARA ESPAÑA

De un periódico mejicano:
«Mexicano y amante de mi patria como el que más, admiro á España en los hechos gloriosos de su historia y la quiero como á la Madre amorosa que cuanto tenía nos dió y á quien debemos, pese á quien pesare la»

religión y el idioma, las costumbres y el carácter, ese carácter entusiasta, valiente y emprendedor, propio de la raza latina, que nada teme y que parece cobrar nuevas fuerzas con el infortunio.

Deslumbranse mis ojos ante el fulgor de gloria que irradia en las páginas de la Historia hispana y me siento orgulloso de descender de los varones esforzados que asombraron al mundo con sus hechos.

Gozo con los triunfos de la madre patria como si fueran los triunfos de la propia y honro con las desdichas que la afligen, desdichas que con tanto valor, con tanta constancia y con tanta nobleza arrostra, admirando al mundo entero con su viril energía nunca abatida....

¡España, admirable España!

Ella, la que no pudo domar la altiva Roma con todo el poder de sus pretorianos; ella, la que canta en las orillas del Guadalete se levanta con nuevos bríos en las montañas de Asturias y humilla al sarraceno en Covadonga; Ella, la que después de una lucha épica de setecientos años, lucha nunca amortiguada sino siempre entusiasta y enérgica, abate el poder musulmán en los muros de Granada y funda allí la unidad nacional; Ella, la que tras á América la civilización cristiana dotando al mundo de un Continente más; la que triunfa en San Quintín, en Lepanto, en Trafalgar, en Zaragoza, en el Callao; la que ha paseado su estandarte victorioso por el mundo entero, sufre hoy, pero no se abate, y parece que el sufrimiento le da fuerzas para continuar la lucha con más bríos, siempre valiente, grandiosa siempre...

La nación que cuenta entre sus hijos un Pelayo, un Diego Lainez, un Rodrigo Díaz del Vivar en los tiempos Caballerescos; un Don Juan Austria, un Gonzalo de Córdoba, un Marques de Santa Cruz, un Hernán Cortés y un Francisco Pizarro, en la época brillante de sus conquistas, y en los tiempos modernos produce esa pléyade de varones que desde Churruca hasta Prim y Méndez Núñez se cierra con broche de oro con el hombre que al morir asesinado, arroja de sus labios el admirable grito de «¡Viva siempre Español!» no puede ser vencida, no puede abaturse nunca.

Podrá desfallecer agobiada bajo el peso de las desdichas que hoy la consume: pero se levantará y arrollará á sus enemigos como lo ha hecho siempre, é hidalga y generosa perdonará al vencido y lo ayudará magnánima....

Por eso yo, mexicano y amante de mi Patria, admiro y quiero á España, y sufro con ella ahora que ella sufre.

Jacobo G Escalante.

UNA DE TANTAS

—Pero, Mariana, ¡por Dios! me ha despertado usted tarde. Hoy tengo mucho que hacer, muchísimo, ya lo sabe.

¡Las once! Vainos, de prisa la bata y el chocolate.

¡Quién? La peinadora. Voy. No se entretenga. Adelante.

¡Quién? La modista. ¡Dios mío! Dos ó tres horas mortales.

Son las dos. Venga el almuerzo. Almorzaré sin sentarme.

¡Quién es? La de los jabones. Que deje una caja grande.

¡Quién es? La de los perfumes. Otro día ¡Quién es? Carmen,

la corredora de alhajas.

Que se espere. A ver si trae algo que pueda servirme esta noche, algo de lance.

Tengo Real. Se despide hoy el célebre cantante Tamburini. Ya las cinco.

¡Quién es? La de los encajes. Que vuelva. ¡Quién llama? Cuentas.

Hoy no puedo. Que se aguarden. Tengo prisa. Ya las seis.

Mi sombrero y á la calle. Pronto á casa del callista.

¡Que no tengo tiempo, Ibáñez! Al dentista. ¡Y tiene gente!

Este hombre es insostenible. No espero. Voy á comprar flores, perfumes y guantes.

Son las ocho. Estoy comiendo de pié. ¡Voy á atragantarme!

La peinadora otra vez. ¡Dios mío! ¡Qué mal lo hace!

¡Y la modista no viene! ¡Por fin! ¡De prisa! Mi traje.

Está mal. ¡Jesús! ¡Las once! Mi coche. Al Real. ¡A escape!

Llegué al caer el telón. ¡Qué acción! ¡Como le aplauden!

Presenció la desdichada. ¡Qué tenor tan admirable!

A la cama. Son las dos. Estoy cansada. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

¡Que habrá sido de mis hijos hoy? No he podido enterarme.

¡Qué vida tan ocupada! No me he sentado un instante.

Mas no importa. Estoy tranquila, que la ociosidad es madre de todos los vicios, todos.

Ahora á dormir. ¡Soy un ángel!

Miguel Echegaray.

¡AQUELLOS TIEMPOS!

Don este título ha publicado el insigne escritor Tello Tellez, un notable artículo del cual extractamos lo que sigue:

... Hay muchas gentes que parecen serias y racionales, y aun doctas, y que, sin embargo, uno y otro y otro día nos aturden los oídos y nos upocan el ánimo declamando contra las malandanzas, vicios, errores y horrores de la época presente y ponderando las excelencias, virtudes, goces y bienandanzas de ¡aquellos tiempos! á que quisieran hacernos volver, y lo harían seguramente si en su mano estuviera detener la marcha del tiempo y hacerlo retroceder con la facilidad que se retrasa un reloj haciendo girar «hacia atrás» las dóciles manecillas del horario y del minuterio.

Y uno y otro y otro día nos presentan el triste y bochornoso cuadro de nuestros infortunios y miserias actuales, recargándolo con las más negras tintas, y nos hablan de la inmoralidad que hoy reina en la administración, en la literatura, en el teatro, en las costumbres; del desbarajuste que hoy impera en la política, en la guerra, en la justicia en todo; de la licencia, que se llama liber-

dad; del desenfreno, que se llama progreso; del descreimiento que se llama civilización, y que pretende acabar, y acabarán, si Dios no lo remedia con los únicos sostenes de la sociedad y del mundo: la familia, el orden, la moral, el poder y la religión.

Y es que las buenas gentes que así piensan al mirar las páginas de nuestra historia que á ¡aquellos tiempos! corresponden, no ven más que los laureles sobre ellas acumulados y no se cuidan de «apartarlos un poquito», con el mayor respeto, para ver también muchas cosas, que en las mismas páginas escritas y consignadas están, y cuyo conocimiento acaso enfriaría un tanto su pasión fervientísima por los tiempos aquellos, y les haría mirar con mejores ojos estos aborrecidos y denostados tiempos presentes.

No hablemos de la literatura ni del teatro. Yo apuesto desde ahora cuanto se quiera con el más entusiasta apasionado de ¡aquellos tiempos!, á que no sanciona hoy la lectura de la mayor parte de las obras entonces publicadas con todas las censuras y aprobaciones y licencias necesarias; á que no ve hoy en escena, sin bochorno y sin protesta, casi todas las «cosas lascivas, feas y torpes» que entonces se representaban, según el dicho del sabio agustino Fray Diego de Tapia y los de otros virtuosos varones.

No hablemos de la religiosidad de aquellas gentes. Por fortuna, en nuestros empedacados tiempos no son necesarias cartas como las que el rey D. Felipe II tuvo que escribir al cardenal Pacheco en 1575, encargándole que no consintiese en manera alguna que el Jueves ni Viernes Santo hubiese en las iglesias ni misas, meriendas ni colaciones; que se pusieran cuantas luces fueran menester en las iglesias para que no estuvieran á oscuras, y que personas eclesíasticas y seglares de buen celo y espíritu tuvieran cuenta para que no hubiera «excesos y deshonestidades en dichas iglesias», ni son precisas peticiones de las Cortes como la CVIII de las de Valladolid en 1558, suplicando se prohibiesen los coches porque, «no solamente consumían las haciendas, atropellaban las gentes y espantaban las mulas y caballos, derribando á los que en ellos iban montados, «sino que ni el debido respeto al Santísimo Sacramento guardaban, no parándose cuando su Divina Magestad pasaba, y haciendo á veces detener á los sacerdotes que lo llevaban.»

Pensando piadosamente, me figuro que tampoco es preciso en nuestra época pecaminosa que las Cortes digan al rey, como dijeron al mismo Felipe II las de 1558, en su petición LXXV: «Item suplicamos á V. M. mande dar orden como las visitaciones de los monasterios de monjas, se hagan por la red, y que solamente pueda entrar á renovar el Santísimo en los monasterios de monjas «un fraile anciano», porque conviene así al servicio de Dios y «decencia de los unos y de los otros».

No hablemos de la honestidad, pureza y bondad de las costumbres según que túrras pauperque tabernas en aquellos tiempos para comparalas con la liviandad, desenfreno y torpeza de las costumbres modernas pues bastara recordar, á la vez que los escandalosos amores de aquellos piadosos monarcas, lo que en 13 de Enero de 1526 escribía al duque de Alba al obispo de Mondoñedo y cronista del emperador, D. Antonio de Guevara «echando» también de menos tiempos pasados. «Ahora, señor—decía—en esta nuestra edad, ó por mejor decir, tempestad, vemos que ya de los viejos burlan, á los padres desacatan, á los jueces desobedecen, á los sacerdotes infaman, á los guerreros olvidan, á los sabios arrinconan y á los virtuosos persiguen. En edad tan férrea, en siglo tan inhumano, en tiem-

po tan ingrato, no hace poco quien se esfuerza á ser virtuoso. Antiguamente, el que más sabia más valía, lo cual no es así ahora sino que el más rico es el más honrado; de manera que tanto valernos cuanto tenemos. Antiguamente, no daban la honra sino á los que huían de ellos; más ahora en nuestro tiempo no honran al que lo merece, sino al que lo busca... Antiguamente, no había Senado á donde no residiese un filósofo, ahora no hay palacio á do no haya un truhán. Antiguamente, el que era virtuoso tenía licencia de corregir al malo; más ahora, que es malo osa reprender y aun lastimar al bueno. Antiguamente, en las Repúblicas sólo los buenos podían hablar; mas ahora en nuestros tiempos ningún malo sabe callar. En cuanto á la moralidad privada, la lectura de las novelas y la de los escritos piadosos de la época, puede dar perfecta idea de ella, y en este punto no será ocioso recordar aquellos que Cervantes decía de que «á una criada, de mil años, no le salían cuatro buenos, pues los demás eran torpes y de antojos feos.»

GRANIZOS

—Soy partidario, Gorgonio....

—¡Del bombo ó del incensario?

—No; amigo, soy partidario del servicio obligatorio.

La igualdad ante la ley

es lo que me gusta, chico.

quiero que el pobre y el rico,

vayan á servir al rey,

Que nadie tenga ventaja.

—Dices muy bien, no lo niego,

pero el tío Paco luego

vendría con la rebaja.

Pues, sin ningún sacrificio,

como padrinos tendría,

el rico conseguiría

rebaja se del servicio.

Y verías de escribiendo

al hijo de algún vizconde,

y al de un marqués ó al de un conde

figurando de asistente.

Y tendría, no uno, mil

que, por la suerte mudados,

pasarían por soldados

sin empuñar el fusil

Esto lo sabe el más topo.

Vale mucho tener cobre.

—Es verdad, por eso el pobre

siempre carga con el chopo.

Cesante Simón estaba;

colocarse no podía

y una chica que tenía

tampoco se colocaba.

Cuando menos lo pensaba

fué colocado Simón,

y al robar medio millón

exclamó el hombre:—¡Con esto

la hija mía hallará presto

muy buena colocación!

Vicente Rubio.

Variedades

Honradad del mambolismo

El Chino Viejo dirigió una carta á un su amigo de Chicago, donde le comunica que el esclarecido patriota Ambrosio Sigura, portador de la única remesa de dinero que la junta enviaba á los libertadores durante cerca de un año, habla desaparecido heroicamente con todo y monises.

La cantidad á que ascendía el envío era de 5.000 pesos aunque la junta tuvo á bien aumentar un cero más para dejar contentos á los mártires que andan por Nueva York investigando en qué emplea la honorable los fondos de la causa.

Resumen: que si algo sale de las garras de los junteros, cae en otras provistas de uñas igualmente afiladas, dando por resultado que los Antónes de la manigua nunca recojan un centavo.

Noticias

Vivimos en el mejor de los mundos.

Ni el más leve ruido turba nuestro reposo, y en medio de la estrechez ocasionada por la falta de movimiento é impulso, somos más felices que los que encenagados en negocios bursátiles en continuo movimiento no duermen, ni sosiegan, ni viven, ó que los que habitando en ciudades populosas experimentan á cada momento diversas emociones, bien agradables ó bien tristes y oyen el clamoreo popular, y luchan por las ambiciones, por la idea ó por la vida.

Santoña es el mejor de los mundos.

cada uno de sus habitantes tiene trazado el camino que ha de seguir y por él camina y no se aburre, ni le rinde la fatiga; es la senda por donde alcanzarse puede el pedazo de pan, único afán nuestro, convencidos de que la ambición en este punto hace al hombre desgraciado é innoble.

La colectividad del pueblo santotés, si ambiciona, pero de una manera noble y patriótica; desea el encumbramiento que por las leyes naturales debe alcanzar este pedazo de tierra, á fin de contemplar grande y próspera á su querida Santoña.

Fuera de la encerrada que varias mujeres, chiquillos y algunos hombres hace ya algunos días propinar á un señor viudo, por atreverse á ingresar de nuevo en la colradia de San Marcos, ningún otro acontecimiento extraordinario ha venido á llamar la atención de los vecinos.

Y ya que incidentalmente, hemos hablado de la encerrada, de que no pudimos dar cuenta en nuestro número anterior por exceso de cuartillas, tenemos que aplaudir al primer teniente alcalde, que, enseguida de tener conocimiento de semejante algazara, accedió prontamente á disolver los *cencerros*.

Supimos tuvo que desplegar toda su energía con las mujeres que, llenas de entusiasmo y de ardor zurraban de lo lindo á las latas de petróleo, produciendo un ruido infernal.

Mucho celebráramos no se repitieran esos sucesos, impropios del pueblo de Santoña, y que tan poca gracia hacen á los interesados, por ver entrometerse en sus asuntos de una manera tan ruidosa, á gente que debia preocuparse más de lo que ocurre en su casa que no en la ajena.

En el *Diario Oficial* del Ministerio de la Guerra se inserta la R. O. designando el número de Ayudantes que ha de tener cada general.

Han sido ascendidos por real orden de 9

del actual: á capitán, el que lo era graduado primer teniente de infantería, auxiliar de la zona de Santander, don Ensebio Cuevas González; á primer teniente el que lo es segundo de la zona de Santander don José Saudi Mirones.

Así se cumplen las ordenanzas. El jueves último se presentó en el mercado un carro cargado de manzanas, exquisitas por cierto, con propósitos de hacer transacciones para la venta de las mismas con nuestras hacendosas revendedoras.

No eran aún las diez de la mañana, hora en que se consiente las compras á las revendedoras, y por eso el guardia de servicio en la plaza, no consintió hasta dicha hora que las manzanas se *revendieran*, y del mismo carro pasaron al dominio del público con la consabida baratura.

Muy bien, muy bien; así se cumplen las ordenanzas.

No sabemos si será cierto. Parece ser que los Sres. Fundadores del Circulo Católico de obreros se proponen establecer en los salones del mismo, café y licores para los obreros asociados, que de esa manera tendrian ocasion de pasar agradables ratos los dias festivos, ó cuando sus cotidianas obligaciones se lo permitan.

Se nos dice tambien que en favor del obrero el coste de los productos será el de fábrica, casi con una ventaja del 100 por 100 del precio que en los establecimientos se expenden.

No sabemos lo que tendrán de cierto estos rumores.

El martes próximo firmará la Reina el decreto del Ministro de Hacienda, concediendo un plazo de tres meses á los pueblos para que soliciten la exención de la venta de montes, á aquellos que reúnan las condiciones acordadas en el Consejo.

Desconsolador ha sido que las subastas celebradas en esta villa y en Madrid para la instalación de alumbrado eléctrico en San-

toña, no se haya presentado postor en condiciones. Por ahora, hasta que nuestra digna Corporación municipal resuelva otra cosa, nos quedaremos á oscuras por esas calles de Dios tarareando el *ta-chunús ta-chunús*, de la improvisada revista santotés.

De todas suertes, nos parece que por el Ayuntamiento se gestiona á fin de que el alumbrado eléctrico ilumine durante las noches las calles de la villa.

Una denuncia. Los encargados del barrido de calles no barren, ó algunos vecinos vierten basuras en la vía pública después de aquellos haber efectuado la limpieza.

El callejón del Cajigal muchos dias se encuentra con montones de basuras que el viento esparce á otras calles.

Y en el paradizo que se halla detrás de la Casa-Ayuntamiento esta cubierto de inmundicias, casi continuamente.

Según nos dicen nuestra Corporación Municipal, concederá á los Sres. Presidente y Secretario del Circulo Católico de Obreros el local escuela-municipal para la clase nocturna de obreros, pero bajo la dirección del Sr. Maestro Municipal, según este señor cree conveniente en atención á razones que no ha podido rebatir el Concejo.

Nada más alagüeño que la abundante cosecha que de todos los frutos del país han recogido los labradores de la comarca santotés.

«Guerra al hambre! guerra sin cuartel!» sin duda ha pensado el tiempo enviando á su tiempo los benéficos rayos del sol y los no menos benéficos aguaceros.

Alegria y mucha causa en la aldea llenar los talegos de alubias y caricones, y el *sobrao* de grandes pilas de maíz, que les ha de proporcionar la *tartuca* que es el pan del labrador montañés.

Los aldeanos ahora se dedican á abastecerse de leña para el próximo invierno, y en verdad que el buen tiempo no les puede ser más propicio.

NOTAS CONCEJILES

Con asistencia de los Sres. Santamarina Steva, Ssn Emeterio, Lopez, Gallego, Serrano, Barredo, Alonso y Ontañón, se celebró la sesión municipal de ayer.

Presidió el Sr. Alcalde D. Angel Blanco: Se leyó y aprobó el acta de la anterior. Se tomaron los siguientes acuerdos.

—Conceder una sepultura á perpetuidad á D. Lucilo Bravo.

—Quedar enterados de lo ingresado por consumos correspondiente al último mes, como asimismo el haber entregado á la Hacienda 6.500'16 pesetas del último trimestre de consumos.

—Que pasen á la Comisión de Hacienda dos cuentas de Don Bernardino Arenado, de 39'40 pesetas y de 18'15.

—Que pase á la misma comisión una solicitud de D. Vicente Azcona que pide la traslación de dos árboles de la plaza de Sagunto que con sus raíces originan daños en un terreno de su propiedad.

—Pasan á informe de Hacienda una solicitud de D. José de la Fragua, en la que pide se eximan del impuesto de Madero las reses que sacrifica en su fábrica cuyas carnes dedica á la exportación, y una comunicación del Administrador de consumos exigiendo el pago de los derechos á dicho señor fabricante.

—A la Comisión de Fomento una comunicación del Marqués de Bogaraya invitando al Ayuntamiento celebre todos los años la «Fiesta del Arbol» á semejanza de la que se celebrará en Madrid y que tiene por objeto el progreso forestal.

—Quedar enterados de los socorros facilitados á María Martínez, que ha dado á luz dos hermosas niñas.

—Aprobar un informe de Fomento que aconseja el arreglo de la calle del Duque de Santoña.

Después se dió lectura á un escrito firmado por los Sres. Santamarina y Ontañón en el que dan cuenta de sus gestiones en Santander, donde acudieron para dar curso al expediente de montes. Al mismo tiempo hicieron importantes trabajos en la Delegación de Hacienda y trataron el asunto de la luz eléctrica con el Sr. Escalante. Sobre este punto nos ocuparemos en el número próximo por no poderlo hacer en este con alguna extensión.

Y no hubo más asuntos, terminando la sesión con el anuncio de la lluvia de estrellas y las quejas y protestas de un concejal que pertenece á la comisión de hacienda.

Imprenta del AVISADOR.—Santoña.

días después, recibió otra que pareció alegrarla mucho. Apenas la hubo el lo, me dijo:—«Sabes, Mercedes, que vamos á Madrid?»—«A Madrid?»—pregunté yo, con el mayor asombro.—«Sí; tengo allí una buena amiga que nos protegerá. ¿Te acuerdas de Laurencia, aquella bordadora que trabajaba para mamá? Pues ahora disfruta de muy buena posición, y nos ofrece su casa; conque, no hay que desaprovechar la ocasión, porque aquí no podemos estar ya peor que estamos...»

Tanto me intrigaron aquellas expresiones, que aprovechando una momentánea salida de Clara á otra habitación, tomé la carta de Laurencia, que había quedado sobre una mesa; pero Clara volvió tan pronto, que solo pude leer un párrafo que decía: «Aquí podéis vivir muy bien, sobre todo, si habéis de seguir mis consejos. Te recomiendo que no dejes á la niña, por que ella es la que há de asegurar el porvenir...»

¿Qué significaba aquélla? Todo el día estuve en penosa confusión. ¿Era yo aquella niña de quien hablaba la bordadora? Pues, ¿cómo podría yo asegurar el porvenir...?

A Madrid vinimos, teniendo desde el primer día la compañía de Laurencia, que me repugnaba en extremo, aunque ella me obsequiaba continuamente, con exageradas demostraciones de cariño.

Apesar de la buena armonía que reinaba entre Clara y Laurencia, parecia que sus cálculos no daban el resultado apetecido, lo que irritaba á Clara grandemente, sobre todo, una vez que Laurencia la dijo: «Aunque mortifique tu amor propio, hay que reconocer, Clara, que has perdido mucho en los años que hemos estado separadas.» En efecto, en su rostro había algunas prematuras arrugas, sus labios estaban ajados, y aquella elegante esbeldéz de su cuerpo que tanto gustaba á mi madre, había sido sustituida por un pronunciado desgarramiento, en extremo antipático.

Volvimos á las estrecheces y á las privaciones, de tal modo, que después de haber mudado de vivienda muchas veces, fuimos á parar al inmundado casucho en que V. me ha encontrado.

Yo había cumplido los quince años, y un día, hace poco tiempo, y después de mirarme con una atención que nunca tuvo para mí, me dijo Clara:—«Sabes que te has hecho una guapa moza?»—Ya te lo he dicho más de una vez—le dijo Laurencia—sin que me hicieras caso.—«Va á ser preciso que le busquemos un buen novio»—dijo Clara riendo.

do, y cambiando con Laurencia una mirada que me hizo estremecer, tan siniestra me pareció.

Pocos días después, me trajeron buenos vestidos, me engalanaron con el mayor cuidado, y me hicieron dar largos paseos por lugares muy concurridos de personas que, por su aspecto, parecían pertenecer á alta clase social. Me llevaron á teatros, cafés, y algunas fiestas populares, y al volver á casa cada día, Clara desahogaba su mal humor con cualquier pretexto, y Laurencia acostumbraba á decir:—«Paciencia; ya sabes que las cartas no me han engañado nunca, y en esta ocasión me han hablado muy bien; no hay más que esperar.»

Yo disfrutaba de relativa tranquilidad, por que, hambrienta como estaba de cariños, me hacía mucho bien el que de algún tiempo parecia profesarme Clara, no importándome nada las privaciones, porque ya tenía la costumbre de ellas. Varias veces hablé á Clara de buscar trabajo en alguna fábrica ó establecimiento, con cuyo producto mejoraría nuestra situación; pero nunca me dejó concluir, diciendo con acento despreciativo:—«Calla, calla; no digas necedades.» Y Laurencia decía, con extraña sonrisa:—«Ya trabajo yo por vosotras, hija, y no tienes necesidad de estropearle las manos. Deja el trabajo para las mías, que ya están viejas y no tienen qué perder...»

Hace dos noches, al salir de un teatro, Laurencia se apartó de nosotras y quedó hablando con un caballero que nos había seguido largo rato. Clara y yo seguimos á casa, y cuando llegó Laurencia, la oí decir en voz baja:—«¿No te dije que no podía tardar?»

Ayer salimos Clara y yo, y Laurencia quedó en casa; y hoy nos sorprendió con una rica cena, de la que ellas disfrutaron con grande alegría; yo apenas probé bocado, pues, no sé por qué, sentía penosos presentimientos de alguna desgracia inmediata. Mi abstención fué motivo para que ellas insistieran en obsequiarme, diciendo que aquella comida extraordinaria era regalo de una parroquiana de Laurencia, y á fuerza de ruegos me hicieron tomar algunas copas de vino que me aturdieron de tal modo, que mientras Clara y Laurencia, concluida la cena, quedaron entretenidas en miles proyectos, yo me retiré á un cuarto inmediato, que me servía de dormitorio, y medio atargada caí en una silla.

No sé cuánto tiempo estuve así; una bruesa sacudió la me despertó, y al abrir los ojos vi ante mí un hombre, un desconocido, un caballero al parecer, que intentó tomar una de mis manos.

